

# Los santos son los verdaderos portadores de luz en la historia

Comentario sobre los nn. 40–42 de *Deus Caritas Est*

Luis Alfonso Orozco, L.C.

Doctor en teología y Profesor del Instituto Pontificio Juan Pablo II para la Familia, en Guadalajara, México.

## Introducción

La primera encíclica del Papa Benedicto XVI -maestro de la palabra - nos sorprendió gratamente con el tema siempre actual y necesario del amor. Un tema muy oportuno, precisamente en una sociedad donde el mensaje del amor cristiano resulta ahora más apremiante para detener las corrientes de odio y de mentira que pugnan por despedazarla.

En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, éste es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto. Por eso, en mi primera Encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás<sup>1</sup>.

Una intención muy clara del Papa emérito al proponernos estas reflexiones, y que él recalca en la introducción, es estimular una respuesta de conversión interior por parte de muchos hombres al Amor de Dios, que nos es revelado y que se encarna en Jesucristo. Porque sólo encontrando el amor de Dios la persona humana se encuentra a sí misma, y por consiguiente descubre su verdadera vocación que es amar y ser amada por lo que es. Dios nos da su mensaje de amor y espera la respuesta libre de cada uno. «Mi deseo es insistir sobre algunos elementos fundamentales, para suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la respuesta humana al amor divino»<sup>2</sup>.

La renovación de la humanidad por obra del amor divino es una empresa grandiosa, que en cada época de la historia se ha visto sostenida e impulsada

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Deus Caritas Est*, n. 1.

<sup>2</sup> *Idem*, n. 1.

por obra de la gracia en aquellos hombres y mujeres que son los mejores campeones del espíritu. Entre estos sobresalen los Santos, porque son los mejores imitadores de Jesucristo. Los Santos son quienes también han entendido el amor de Dios en toda su profundidad creativa y regeneradora de la sociedad. Así lo afirma y propone Benedicto XVI en una de las reflexiones conclusivas de la encíclica: «Contemplemos finalmente a los Santos, a quienes han ejercido de modo ejemplar la caridad» (n. 40).

¿Por qué motivo los santos son aquellos hombres y mujeres que *han ejercido en modo ejemplar la caridad* de Cristo? Sin duda se debe a que durante su existencia se dejaron conquistar y guiar por la amistad de Cristo Jesús y experimentaron con una certeza plena el amor de Dios, fuente inagotable de los bienes y de toda la estupenda creatividad que la Iglesia ha sido capaz de desplegar por el bienestar temporal y espiritual de los hombres.

## **1. Los santos son un reflejo de la luz de Cristo en el mundo**

La pregunta podría estar de más, pero las preguntas obvias no hay que darlas por supuestas, sino ponerlas sobre la bandeja desde el inicio. Por eso nos cuestionamos, ¿quiénes son los santos? A la luz de las sugestivas reflexiones que hace el Papa alemán sobre la caridad, se ve que son aquellos hombres y mujeres que han entendido el amor de Dios en toda su profundidad creadora y regeneradora. Los santos son personas de toda condición social y cultural que a lo largo de los siglos han sobresalido por la práctica incluso heroica de las virtudes, en los diversos estados de vida como el matrimonio, el celibato y la vida consagrada.

Así, entre los varios santos que destacan como modelos de caridad cristiana y que menciona el Papa en su encíclica (n. 40) se señala en primer lugar a san Martín de Tours, quien primero fue soldado y después obispo: «casi como un icono, muestra el valor insustituible del testimonio individual de la caridad». Viene a continuación el abad san Antonio, iniciador del movimiento monástico en la Iglesia cuya repercusión ha resultado determinante en la historia de la cultura occidental. Ambos santos destacan como dos de los grandes campeones de la caridad del siglo IV, todavía en los albores del cristianismo.

Más adelante Benedicto XVI, en el mismo número 41, menciona una serie de grandes figuras de santos -pertenecientes a diversos siglos- y que tienen en común el haber sido fundadores de órdenes e institutos religiosos masculinos y femeninos, que se cuentan entre los benefactores más insignes

de la historia de la humanidad por las obras de caridad a que dieron origen. Conviene destacar algún rasgo de estos grandes Santos.

- *Francisco de Asís*, el místico «poverello» reformador de las costumbres y de la observancia de la vida religiosa durante el medioevo europeo. Francisco promovió y predicó principalmente con su austero ejemplo la vuelta a la sencillez y pobreza evangélicas. Virtudes que forman el perno del espíritu franciscano y que sólo se pueden cumplir fielmente por amor al Señor Jesucristo, conocido e imitado en la experiencia de la vida espiritual.
- *Ignacio de Loyola*, el noble caballero español que fue tocado por la experiencia transformante del amor de Dios. Después de hacer por su propia cuenta los «Ejercicios» quedó su corazón purificado y elevado a más altos ideales por la gracia, y entonces se lanza a la aventura de fundar una Orden benemérita en la historia de la Iglesia, que durante siglos se ha constituido como un baluarte en la defensa de la fe y de la cultura cristiana en diálogo con el mundo.
- *Juan de Dios, Camilo de Lellis, Vicente de Paúl y Luisa de Marillac*; todos ellos santos fundadores de grandes obras de caridad cristiana al servicio de los más pobres y de los enfermos, primero en Europa y posteriormente en los demás continentes. Los cientos de hospitales, orfanatos, asilos y casas de acogida para los más desamparados, levantados por estos gigantes de la caridad son mucho más que el fruto de una noble acción a favor de los más débiles y enfermos, dictada por el más noble altruismo: ellos están sostenidos por el genuino amor a Dios y al prójimo que les impulsa a hacer el bien sin esperar nada a cambio. En el rostro del pobre y enfermo contemplan el rostro humillado del mismo Cristo, porque la caridad es la auténtica alma del cristianismo. «Estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me curasteis» (cf. *Mt* 25,36).

El Papa menciona a otros santos más cercanos a nuestra época y que también son benefactores insignes de la sociedad por sus obras destinadas a la educación de los jóvenes y de los obreros. ¿Quién no es capaz de admirar y reconocer la serie de notables beneficios que han aportado a la humanidad las fundaciones de un san José B. Cottolengo, de san Juan Bosco el «Padre y maestro de los jóvenes», o de san Luis Orione?

Estos y otros muchos santos que figuran entre los grandes benefactores de la humanidad, obraron movidos por un genuino espíritu de caridad cristiana a favor de los jóvenes desorientados y de las masas obreras más

necesitadas. Sus numerosas obras e institutos diseminados por el mundo así lo confirman. La formación integral de la juventud, en manos de institutos expertos en humanismo cristiano -como es el caso de los Salesianos- es una de las mejores aportaciones por parte de la Iglesia a la sociedad, y su acción benéfica continúa en nuestro tiempo. Ni siquiera el altruismo más elevado es suficiente para explicar la existencia de estas instituciones eclesiales, que son muestras de la inagotable creatividad del espíritu cristiano e inspiradas por Dios mismo.

El último nombre que menciona Benedicto XVI —también en el n. 40 de *Deus Caritas Est* - es un modelo excelso de caridad social y de evangelización en nuestros tiempos, la Madre Teresa de Calcuta, fundadora de las Misioneras de la Caridad. La evangelización de Asia y la recristianización de importantes sectores de Occidente se están llevando adelante en buena parte gracias al testimonio luminoso, intachable, de las heroicas misioneras vestidas con el sari blanco a rayas azules.

Sus buenas obras demuestran que no es una utopía creer en que la fuerza del amor es capaz de cambiar el mundo. Las Misioneras de la Caridad trabajan a favor de los más miserables del mundo movidas por la genuina caridad de Cristo, cuyo rostro humillado contemplan en los parias, en los enfermos olvidados de SIDA, en los niños abandonados, en los desechos de la sociedad opulenta que les vuelve la espalda.

Santa Teresa de Calcuta es un ejemplo evidente de que el tiempo dedicado a Dios en la oración no sólo deja de ser un obstáculo para la eficacia y la dedicación al amor al prójimo, sino que es en realidad una fuente inagotable para ello. En su carta para la Cuaresma de 1996 la santa escribía a sus colaboradores laicos: «Nosotros necesitamos esta unión íntima con Dios en nuestra vida cotidiana. Y ¿cómo podemos conseguirla? A través de la oración»<sup>3</sup>.

Son los santos de la caridad social los portadores de la luz de Cristo en el mundo en todos aquellos sectores donde las tinieblas del egoísmo, del cálculo materialista de los poderosos y del odio más daño producen. Gracias a su acción callada pero eficaz la llama del amor divino no se apaga en el mundo y éste no muere con el frío de la indiferencia y del egoísmo, ya que ellos: «Los Santos son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor» (*Deus Caritas Est*, n. 40).

La llama de la caridad que ilumina y alimenta las buenas obras de los santos procede de su interior, del tesoro de un corazón adornado con las virtudes teologales: la fe, la esperanza, el amor, ejercitadas incluso de un modo

---

<sup>3</sup> Cf. *Deus Caritas Est*, n. 36.

heroico. Las personas santas saben perfectamente que todas las fuerzas humanas y todos los recursos de la ciencia y la tecnología son insuficientes en la lucha contra el mal si la acción del cristiano no está sustentada por la gracia de Dios. La fuerza capaz de vencer el mal con el bien viene del contacto personal e íntimo con Cristo, porque:

La oración se convierte en estos momentos en una exigencia muy concreta, como medio para recibir constantemente fuerzas de Cristo. Quien reza no desperdicia su tiempo, aunque todo haga pensar en una situación de emergencia y parezca impulsar sólo a la acción. La piedad no escatima la lucha contra la pobreza o la miseria del prójimo<sup>4</sup>.

La consideración de los males sin fin que se abaten sobre nuestro mundo es como para desalentar de hacer oración a más de uno y, en cambio, persuadirle a lanzarse en el torbellino de la acción, donde presumiblemente tiene las posibilidades de hacer algo «efectivo». Pero precisamente para que nuestras buenas obras den frutos es necesaria la oración, ya que nos permite mirar las cosas desde lo alto, con los ojos y el corazón del mismo Cristo. Los santos siempre han sido hombres y mujeres de profunda vida interior, en los que la oración y el contacto íntimo con Dios ocupaban sus mejores energías.

## 2. La Santísima Virgen María, espejo de toda santidad

Después de proponer el testimonio inagotable de los Santos, «aquellos que han ejercitado en modo ejemplar la caridad», el Papa dedica el n. 41 de *Deus Caritas Est* para presentar a María, Madre del Señor, como espejo de toda santidad. También en el caso de María Santísima la oración y el servicio desinteresado al prójimo ocupan el centro de su interés y de sus atenciones. Ella emplea los mejores años de su vida terrena en el ejercicio de la caridad haciendo de ello el programa de su vida. Señala Benedicto XVI:

— «proclama mi alma la grandeza del Señor»— (Lc 1,46), y con ello (María) expresa todo el programa de su vida: no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno<sup>5</sup>.

El centro del interés de una persona, por tendencia natural, es el propio Yo. Todos tenemos experiencia de cómo damos nuestras preferencias y atenciones a los propios gustos, intereses y comodidad antes que ver por las necesidades del prójimo. Se trata de una tendencia innata arraigada en la naturaleza humana, fruto de la herida dejada por el pecado, pero que no

<sup>4</sup> Cf. *Deus Caritas Est*, n. 36.

<sup>5</sup> Cf. *Deus Caritas Est*, n. 41.

es una fuerza ciega y determinista porque siempre está en juego el uso de la propia libertad. Si me dejo arrastrar por la fuerza innata del egoísmo, casi sin esfuerzo el *Yo* pasa a ocupar el centro de todas mis solicitudes y atenciones, hasta que haya una fuerza superior que lo contrarreste.

Pero la caridad hecha por amor a Dios puede invertir esta fuerte tendencia logrando que el mayor espacio de nuestros pensamientos, intenciones y obras lo ocupe Dios «encontrado sea en la oración como en el servicio del prójimo». Encontrar a Dios en la oración y en el servicio humilde al hermano: este es el verdadero camino para contribuir de manera eficaz a que el mundo mejore y muchas almas alcancen su salvación eterna. Porque entonces ya no se busca llevar adelante una obra a título personal, sino que toda la persona con sus cualidades se coloca en las manos de Dios y de su obra redentora, con plena disponibilidad. Es la fórmula —por decirlo de alguna manera— que han aplicado los Santos y como modelo sublime de todos María Santísima, madre de la Iglesia y «espejo de toda santidad». «María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma. Ella es humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor». (n. 41).

Surge ahora una pregunta: ¿en qué medida la Virgen María ha contribuido de modo decisivo en la obra redentora de su Hijo Jesucristo? La respuesta exacta sólo Dios la conoce. Sin embargo, tomando los pocos datos que nos ofrecen los Evangelios vemos que durante los años de su vida terrena María no realizó grandes portentos ni obras extraordinarias. Unos cuantos episodios concretos nos hablan de su diligencia amorosa para ayudar a Isabel su prima en la etapa final de su embarazo, o cuando sale al paso con intuición materna de los apuros de los jóvenes esposos en la boda de Caná.

Siguiendo la sabiduría de la Iglesia, sabemos que María de Nazaret principalmente contribuye con su Hijo de modo discreto, con su humildad y obediencia en la fe, en todas las obras que no aparecen descritas en el texto sagrado y que sólo Dios conoce, haciendo que resalte aún más su humildad y fe plena en el triunfo de Jesús. Pero además su participación no se limitó a vivir al lado de su Hijo divino esos años transcurridos en la Tierra Santa. Ella contribuye decisivamente en la magna obra de la evangelización de la humanidad a través de los siglos, desde que recibiera al pie de la Cruz la nueva Anunciación y misión que le encomendaba su Hijo divino: «He ahí a tu Madre. He ahí a tu hijo» (*Jn* 19,26-27).

Podemos comprobar de qué modo esta cercanía y solicitud materna de la Madre de Dios se constata a lo largo y a lo ancho de la historia de la Iglesia desde los primeros siglos. Su presencia y protección poderosa desde el cielo ha resultado insustituible en la magna obra de la evangelización de los

pueblos. Su maternal protección ha sido indispensable para el crecimiento y conservación de la fe en las naciones católicas. Por mencionar algunos de los casos más conocidos, conviene señalar su presencia cercana y al mismo tiempo sobrenatural en los grandes santuarios de Czestochowa, Guadalupe, Lourdes y Fátima, con todo lo que han significado para forjar el alma cristiana de sus respectivos pueblos. María

Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios. Es una mujer de esperanza: sólo porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Israel, el ángel puede presentarse a ella y llamarla al servicio total de estas promesas<sup>6</sup>.

### **3. ¿Cómo influyen los santos desde el cielo?**

Benedicto XVI da un paso más en su deseo de proponer a los Santos como modelos de caridad cristiana que influyen decisivamente en la vida de los fieles y de la sociedad. Quien ya está cerca de Dios y goza de su amor siendo feliz para toda la eternidad no se ha desentendido de la Iglesia peregrinante; porque la persona santa continúa su misión de ser un intercesor eficaz desde el cielo para los millones de hombres y mujeres que luchan en el mundo para también alcanzar su salvación. Este es el vínculo espiritual e irrompible que une a todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo, tanto quienes ya han pasado a la eternidad como los que estamos aún como peregrinos en el tiempo.

Las insidias y peligros espirituales que debemos superar aquí abajo son muchos y algunos de tal envergadura que sólo podemos vencerlos con la fortaleza que viene de lo alto, de la gracia divina que nunca nos falta. Satanás por su parte no descansa en su obra destructiva y con todas sus argucias mentirosas busca el mal de las personas. El espíritu maligno es el principal instigador de los odios y divisiones entre los individuos y entre las naciones; de las discordias que generan guerras y violencias, y de las mentiras que la-ceran la convivencia social y familiar. Su acción nefasta en la historia se puede comprobar a diario en la tragedia de las familias rotas, en los continuos divorcios de los que se habla y opina como de un mero trámite banal. Su acción nefasta está detrás de los conflictos internacionales, del drama miles de niños abandonados por sus padres, y sobre todo en la apología irracional de aquel desprecio infinito contra la vida que es el aborto.

---

<sup>6</sup> Cf. *Deus Caritas Est*, n. 41.

Hoy la palabra «aborto» ya no escandaliza las conciencias como antes. Muchos hoy banalizan el aborto reduciéndolo a las frías cifras y a las estadísticas. Otros más celan detrás de unos eufemismos toda la maldad intrínseca de este crimen abominable: «interrupción voluntaria del embarazo», «derecho de la mujer», «salud reproductiva». Esloganes como estos que martillados desde hace algunos años por los medios de comunicación en la conciencia de las gentes han logrado esconder en términos aparentemente inocuos el más cobarde de los crímenes contra la persona. Verdaderamente si faltara la protección de María Santísima y de los santos, el enemigo mortal de las almas, el demonio, quien es el Padre de la mentira y homicida desde el principio, habría ya convertido este mundo en un inmenso *lager* de desolación, mentira, muerte y odio.

En el Tercer Milenio, los propios países opulentos que promueven la cultura anti-vida en el resto del mundo, y la practican antes en sí mismos como parte de su opción por el sexo reducido a placer egoísta, están sufriendo una terrible consecuencia: son países envejecidos, donde por la drástica disminución de niños y jóvenes se ha roto la armonía poblacional. Los mayores especialistas en el tema, han llegado a una conclusión que no ha tenido la difusión que merece: la amenaza del siglo XXI es el envejecimiento de la población mundial. En el año 2050, si no cambia la tendencia, por primera vez en la historia humana habrá más personas mayores de 60 años que jóvenes de menos de quince. Del gráfico poblacional de la pirámide se está invirtiendo al de la urna funeraria. Son estas algunas de las mayores amenazas contra la sociedad que buscan atenuarla y destruirla. Ante este panorama preocupante, vemos que todas las fuerzas humanas son siempre insuficientes.

Pero con la ayuda intercesora de los santos delante de Dios y con su protección espiritual desde el cielo seguimos cada cual el propio camino hacia la salvación. Además, contamos con su ejemplo luminoso para saber cómo debemos comportarnos para no extraviarnos en los momentos difíciles y en las pruebas inevitables que se deben afrontar. La lectura de sus escritos y mensajes son como vitaminas para fortalecer el espíritu en el combate diario por vencer el mal con el bien.

Ciertamente el mismo testimonio luminoso que han dejado los santos resulta muy positivo en muchos casos para alcanzar la conversión de las almas, porque sin el estímulo de un ejemplo cercano y humano no seríamos capaces de perseverar por el bien. Cada uno podríamos repetir la pregunta que se hizo un día Ignacio de Loyola, y que lo animó a seguir por ese camino: «Si Francisco, Agustín o Domingo pudieron llegar a la santidad, ¿por qué yo no también he de poder?» Para reforzar la idea expresada por el Papa en el

número 42 de *Deus Caritas Est*, veamos la enseñanza del *Catecismo de la Iglesia Católica*:

La intercesión de los santos. «Por el hecho de que los del cielo están más íntimamente unidos con Cristo, consolidan más firmemente a toda la Iglesia en la santidad...no dejan de interceder por nosotros ante el Padre. Presentan por medio del único Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, los méritos que adquirieron en la tierra... Su solicitud fraterna ayuda, pues, mucho a nuestra debilidad» (LG 49): «No lloréis, os seré más útil después de mi muerte y os ayudaré más eficazmente que durante mi vida» (Santo Domingo, moribundo, a sus hermanos, cf. Jordán de Sajonia, lib. 43). «Pasaré mi cielo haciendo el bien sobre la tierra» (Santa Teresa del Niño Jesús, *verba*)<sup>7</sup>.

El bien que hacen los santos desde el cielo a favor de los creyentes en la tierra es algo que no podemos calcular, pero seguramente es inmenso. Su ejemplo es una fuerza poderosa para salir adelante en las dificultades, porque la consideración de las pruebas y cruces que los santos soportaron durante su vida y ver el modo cómo las superaron, firmes en la fe y en la confianza puesta en Dios, a todos nos da inspiración y motivos para vencer y salir adelante en las propias luchas. La biografía de un santo muchas veces se convierte en un precioso reclamo para aspirar a metas más altas y para no conformarnos con la mediocridad que el mundo ofrece en bandeja.

La comunión con los santos. «No veneramos el recuerdo de los del cielo tan sólo como modelos nuestros, sino, sobre todo, para que la unión de toda la Iglesia en el Espíritu se vea reforzada por la práctica del amor fraterno. En efecto, así como la unión entre los cristianos todavía en camino nos lleva más cerca de Cristo, así la comunión con los santos nos une a Cristo, del que mana, como de Fuente y Cabeza, toda la gracia y la vida del Pueblo de Dios» (LG 50): Nosotros adoramos a Cristo porque es el Hijo de Dios: en cuanto a los mártires, los amamos como discípulos e imitadores del Señor, y es justo, a causa de su devoción incomparable hacia su rey y maestro; que podamos nosotros, también nosotros, ser sus compañeros y sus condiscípulos (San Policarpo, mart. 17)<sup>8</sup>.

La devoción popular a los santos está aún muy arraigada en los países de tradición cristiana. De tal manera forma parte de su historia, que en varios casos algún santo o santa importante es el patrono y protector de la nación. Pensemos en el caso de san Jorge, patrono de Inglaterra, o san Francisco de Asís y santa Clara, patronos de Italia, san Bonifacio para

<sup>7</sup> Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 956.

<sup>8</sup> Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 957.

Alemania, en Santiago apóstol para España, o san Benito Abad para toda Europa. Ciertamente la vida y el influjo de los santos no concluye al agotarse su peregrinar terreno, sino que comienza una nueva etapa fecunda desde el cielo porque son intercesores ante Dios de las gracias que todos los hombres necesitamos aquí en la tierra.

#### **4. Conversión de los pecadores**

En el caso de algunos santos mártires, como la adolescente de once años María Goretti, su sacrificio también contribuyó decisivamente a la conversión de su verdugo. En 2006 se cumplió un centenario de la conversión del asesino de esta jovencita mártir de la pureza, Alessandro Serenelli, quien tenía 21 años de edad cuando la agredió con un punzón el 6 de julio de 1902. Durante su agonía María perdonó a su agresor.

Poco después, Alessandro Serenelli fue condenado por el crimen y encarcelado. En 1906 tuvo un sueño en la cárcel siciliana de Noto, donde permaneció encerrado hasta 1918. En la celda número 45, en la planta baja, se le apareció María Goretti en sueños; iba vestida de blanco, y recogía azucenas también blancas que, poniéndolas en las manos de su asesino, se transformaban en luces encendidas similares a velas. En la celda donde Serenelli permaneció encerrado quince años hay actualmente una capilla. Después de cumplir su condena y salir de la cárcel, Alessandro Serenelli era otra persona. Entró de jardinero en un convento de religiosos capuchinos donde se entregó al trabajo y la oración. Murió serenamente, agradeciendo y bendiciendo la memoria de «Marietta», de quien había obtenido la conversión de su alma y el perdón de Dios.

San Juan Pablo II consideraba que, entre los datos del testimonio heroico de Santa María Goretti, merecía particular atención «el perdón ofrecido al asesino y el deseo de poderle reencontrar, un día, en el paraíso». «Se trata de un mensaje espiritual y social de extraordinaria relevancia para este tiempo nuestro», advirtió el Papa polaco, en su mensaje con ocasión del centenario de la muerte de María Goretti. «¡Que la humanidad se pueda introducir con decisión en el camino de la misericordia y del perdón! El asesino de María Goretti reconoció la culpa cometida, pidió perdón a Dios y a la familia de la mártir, expió con convicción el propio crimen y durante toda la vida se mantuvo en estas disposiciones de espíritu»<sup>9</sup>, recalcó Juan Pablo II. «La madre de la Santa, por su parte, le

---

<sup>9</sup> Cf. JUAN PABLO II, palabras pronunciadas antes del Angelus, el domingo 7 de julio de 2002, plaza San Pedro, Roma.

ofreció sin reticencias el perdón de la familia en la sala del tribunal donde se celebró el proceso». La fuerza del amor y el perdón cristiano son más fuertes que el odio y que la muerte. Porque

La vida de los Santos no comprende sólo su biografía terrena, sino también su vida y actuación en Dios después de la muerte. En los Santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos<sup>10</sup>.

Como afirma Benedicto XVI, los Santos se hacen realmente cercanos a los hombres en sus necesidades espirituales y los socorren desde el cielo, gracias a la fuerza del amor que no conoce fronteras. Resulta ilustrativo apoyar esta afirmación con un ejemplo de nuestra época, que causa el asombro y la admiración de creyentes y ateos: se trata de la vida y obra de san Pío de Pietrelcina, el sacerdote capuchino italiano de los estigmas y de los dones extraordinarios que lo acompañaron -como fue su capacidad para leer en las almas y acercarlas a Dios-. La vida fuera de lo común del Padre Pío, como es universalmente conocido, es un signo elocuente del amor de la providencia divina en nuestros tiempos ampliamente marcados por el materialismo consumista.

A su santuario, en el pueblo italiano de San Giovanni Rotondo, acuden decenas de miles de peregrinos procedentes de todo el mundo, que le confían sus penas materiales, familiares y espirituales. Simplemente basta ir a la capilla donde se custodia la tumba del santo capuchino para contemplar el incesante desfile de personas de todas las edades y nacionalidades, que delante de su tumba oran en silencio arrodilladas y con la mirada suplicante hacia el lugar donde reposa el cuerpo del humilde *frate* capuchino. Ante la visión de un suelo tapizado con los billetes multicolores escritos que dejan los peregrinos, resulta una experiencia de fe rezar ahí, pues se ve la confianza de la gente que acude a pedirle favores y su intercesión desde el cielo.

La gente sencilla no duda del poder de intercesión que tienen los santos desde el cielo. La devoción a los santos muy populares como san Francisco, san Antonio de Padua, san Pío de Pietrelcina, santa Teresa del Niño Jesús, o más recientemente la creciente devoción al gran Papa Juan Pablo II, manifiesta que los hombres necesitamos acudir a intermediarios de confianza con los que nos resulta «más fácil» hablar para pedir por su medio a Dios Nuestro Señor los favores que necesitamos mientras continuamos nuestro peregrinar en el tiempo. El Santo ya goza de Dios eternamente, pero al mismo tiempo es uno de nosotros que ya alcanzó la meta, y por eso se le reza,

<sup>10</sup> Cf. *Deus Caritas Est*, n. 42.

se le habla coloquialmente con una familiaridad más asequible para que se ponga a nuestro favor delante del Señor.

Pero la misma vida de los santos también manifiesta el amor infinito de Dios hacia la humanidad, porque ellos son la prueba de que la santificación de las almas es la obra maravillosa e interrumpida del Dios Trinitario que nos ama y que se complace en establecer su morada en las almas. La santificación de las almas es obra de Dios y los santos con su diversidad de carismas manifiestan toda la bondad y la compasión que nuestro Creador tiene por cada uno de sus hijos. La santidad de unos aprovecha a los otros miembros del mismo Cuerpo místico. Es lo que enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

En la comunión de los santos, por consiguiente, «existe entre los fieles -tanto entre quienes ya son bienaventurados como entre los que expían en el purgatorio o los que peregrinan todavía en la tierra- un constante vínculo de amor y un abundante intercambio de todos los bienes» (Pablo VI, *ibid.*). En este intercambio admirable, la santidad de uno aprovecha a los otros, más allá del daño que el pecado de uno pudo causar a los demás. Así, el recurso a la comunión de los santos permite al pecador contrito estar antes y más eficazmente purificado de las penas del pecado<sup>11</sup>.

## **5. «Minorías creadoras» que mejoran el rostro de la humanidad**

Una ulterior reflexión acerca del papel tan importante que ejercen los santos al interno de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, va en la línea de la creatividad y del bien que ellos despliegan con su acción renovadora dentro de la sociedad en que les toca vivir. El Santo Padre Benedicto XVI, desde los años en que dirigió como cardenal prefecto la Congregación de la Doctrina de la Fe, atendió el fenómeno de la progresiva descristianización de Europa y de Occidente. El neopaganismo y el relativismo tan difundidos en la mentalidad y costumbres de buena parte de la sociedad son dos de los grandes retos con que se enfrenta la nueva evangelización. Benedicto XVI ha hablado y escrito en diversas ocasiones acerca del abandono y rechazo de las raíces cristianas que configuraron durante siglos la cultura y la sociedad europeas, ante el nuevo síntoma preocupante de su rechazo y hasta un extraño «odio a sí misma» que tiene algo de patológico, con las lamentables secuelas y consecuencias que todo eso acarrea.

Pero en su agudo análisis (ver, por ejemplo, su ensayo «Sin Raíces» del año 2004, escrito en común con el pensador y político italiano Marcelo

---

<sup>11</sup> Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1475.

Pera), el Papa apunta también a las respuestas en busca de soluciones ante la crisis. La historia se sigue escribiendo, pero demuestra que el papel de las «Minorías creadoras» siempre ha sido determinante para superar la crisis y mejorar la calidad moral de la sociedad, especialmente en los momentos más difíciles. Los santos forman parte de estas minorías selectas, «Minorías creadoras» de verdadero humanismo, que dejan su impronta en la historia porque ellos se han dejado conducir por el Espíritu Santo que renueva constantemente el rostro del mundo.

Los santos forman parte de esa «Minoría creadora» de civilización y de auténtico progreso humano, que el Papa propone como remedio para los problemas actuales. La crisis de identidad profunda por la que atraviesa el Occidente -debido al abandono de sus raíces cristianas- muestra muchas facetas que de algún modo se reflejan en el común rechazo de la verdad sobre Dios y de la verdad profunda sobre el hombre mismo. Hay una crisis antropológica.

Por ejemplo, en nombre de la *tolerancia*, la libertad de opinión ha sido elevada al rango de valor intocable e inapelable, y en nombre de una tal libertad de opinión -que muchas veces no respeta la verdad- asistimos al triste espectáculo de las injurias gratuitas y de las falsificaciones divulgadas bajo un amplísimo mercado contra Cristo y la Iglesia católica (léase «Código Da Vinci» o más reciente la serie de ataques contra los sacerdotes y el mismo Papa). Falsedades que además de quedar impunes reditúan lucrosas ganancias a sus promotores. Sin embargo, la tolerancia y

La libertad de opinión tiene sus límites en que no debe destruir el honor y la dignidad del otro; no es libertad para la mentira o para la destrucción de los derechos humanos. Aquí hay un «auto-odio», que sólo cabe calificar de patológico, de un Occidente, que sin duda (y esto es digno de elogio) trata de abrirse comprensivamente a valores ajenos, pero que ya no se quiere a sí mismo; que no ve más que lo cruel y destructor de su propia Historia, pero que no puede percibir ya lo grande y puro que hay en ella<sup>12</sup>.

Una sociedad en la que se hace burla de los valores más sagrados, donde se ataca una y otra vez con demasiada hostilidad al cristianismo y se pretende relegarlo al ámbito de lo privado porque molesta la conciencia de muchos personajes públicos y porque se sale de lo «políticamente correcto», esa sociedad no puede progresar ni sobrevivir. Esa sociedad está minando las bases mismas de la libertad, de la auténtica tolerancia, la cual se sostiene por la apertura al diálogo y el respeto por las creencias religiosas en que la sociedad

<sup>12</sup> J. RATZINGER, «Europa y religión». Conferencia pronunciada en Berlín el 28 de noviembre de 2000.

misma se fundamenta. Este extraño odio patológico que se difunde como un virus en Occidente sólo puede conducir a la autodestrucción de la cultura y de la propia identidad. Un atento análisis enseña que hacia allá se puede llegar si no se busca el remedio eficaz ante la crisis, puesto que

La absoluta profanidad que se ha construido en Occidente es profundísimamente ajena a las culturas del mundo. Esas culturas se fundamentan en la convicción de que un mundo sin Dios no tiene futuro<sup>13</sup>.

La historia, desde luego, no es solamente una cuestión que se resuelve entre los hombres, porque la dimensión horizontal es solamente una de sus dimensiones. Dios es protagonista de la historia tanto y más que el mismo hombre, pero siempre junto con él, ya que actúa en ella con su Espíritu de Amor que la renueva y la regenera constantemente. Es Él quien despierta el ardor de la santidad en las almas generosas, y con sus dones suscita el amor creativo que sale al paso de las crisis más profundas de la humanidad para encontrarles solución.

Esto forma parte de la misión de las «minorías creadoras», donde se colocan los santos y todos aquellos creyentes cristianos que han entendido profundamente su misión de ser 'luz del mundo y sal de la tierra'. Es la firme convicción del Papa y se refleja en su llamado repetido en diversas instancias y foros europeos, como lo hizo en una conferencia pronunciada en Berlín en noviembre de 2000, y más también delante del Senado italiano, en mayo de 2004.

El destino de una sociedad depende una y otra vez de minorías creadoras. Los creyentes cristianos deberían verse a sí mismos como una minoría creadora, y contribuir a que Europa recupere lo mejor de su herencia y así sirva a la Humanidad<sup>14</sup>.

La caridad es la mejor aportación que el cristianismo ha donado a la comunidad humana. Porque el amor que viene de Dios es la fuerza más grande que posee el espíritu humano, y ha sido siempre el noble impulso de la caridad la fuerza que ha levantado las beneméritas obras que la Iglesia lleva adelante a favor de los más necesitados.

Es la fuerza del amor a Dios y al prójimo la que permite que hombres como el san Damián de Veuster, mejor conocido como el «héroe de Molokai», deje su patria flamenca, renuncie a sus propios intereses y se sacrifique a sí mismo para servir a los leprosos en aquella lejana isla del Pacífico. La fuerza

---

<sup>13</sup> *Idem.*

<sup>14</sup> J. RATZINGER, «Europa. Sus fundamentos espirituales ayer, hoy y mañana». Biblioteca del Senado Italiano, Roma 13 de mayo de 2004.

de la caridad hacia los huérfanos alemanes de la Segunda Guerra mundial movió al sacerdote premostratense holandés, Padre Werenfried van Straaten, conocido como «Padre Tocino», a fundar una institución de ayuda benéfica que ahora posee un alcance mundial, la «Ayuda a la Iglesia que sufre», que está presente y activa en numerosos países.

«Contemplemos finalmente a los Santos, a quienes han ejercido de modo ejemplar la caridad»<sup>15</sup>.

También para nuestra época de cambios vertiginosos vale de un modo especial la sabia exhortación del gran Papa emérito: mirar a los Santos como modelos dignos de imitar en el ejercicio de la caridad que trasforma el mundo, porque cambia desde dentro los corazones hacia el amor infinito de Dios.

---

<sup>15</sup> Cf. *Deus Caritas Est*, n. 40.